

## ¡Oh, riesgo inmarcesible!

*Colombia, el riesgo es que te quieras quedar...*

*Colombia, the risk is wanting to stay...*

VARIOS AUTORES

ELKIN CALDERÓN (compilación)

Caín Press, Bogotá, 2013, 264 págs.

¡Ay! Zamuro, zopilote  
Jote, buitre malo, gallinazo  
Pajarraco que da miedo

¡Ay! Zamuro posmoderno y cool  
Cinismo nihilista finimilenarista  
Volando sobre el Sur-buuuu  
Acechando desencantos  
Vidas a corto plazo

Y pedazos de proyectos colectivos  
Que estallaron hace un rato - paaauu  
Acechando a la amnesia  
Y otras materias muertas  
Porque oyó decir que por estos  
lados  
Todo lo privatizaron - buuuu

Vulture-get outta my culture.

Desorden Público

ESTE PROYECTO de Elkin Calderón reúne trece historias de artistas y personas del círculo del arte contemporáneo colombiano, que han sufrido los números rojos de la violencia del país. El título del libro toma prestado –“o robado, para empezar como se debe”, señala Calderón– el eslogan *Colombia, el riesgo es que te quieras quedar*, frase de una campaña publicitaria del gobierno de Álvaro Uribe Vélez. Manifiesta la inconveniencia de tragar entera esa frase, que acompañó imágenes edulcoradas que muestran un país de ensueño estigmatizado injustamente en el exterior.

Por eso, al título se le agregan puntos suspensivos y, ya en los relatos, la preposición “sin” acompaña el eslogan para titular los siete que se presentan. Por ejemplo: “Colombia, el riesgo es que te quieras quedar... sin pulmón”; “Colombia, el riesgo es que te quieras quedar... sin hermana”, o “Colombia, el riesgo es que te quieras quedar... sin motivación”.

El libro es una válvula de escape. Los autores de los ensayos dejan

testimonio del sabor amargo de vivir en un país convulsionado, desigual e impune, en el que somos expertos en abstraer las cifras enormes del genocidio, en sufrir como propias las injusticias de los certámenes de belleza, y en tener el gesto esquizoide de declararnos las personas más felices del mundo.

La compilación es bilingüe. Elisabeth Vollert tradujo los relatos y Cristina Figueroa, el prólogo, con el objeto de llegar a esos extranjeros incautos que se dejan seducir por esta tierra donde, si bien es cierto que somos bendecidos por la naturaleza, imperan la viveza, la violencia y la arbitrariedad. Con la intención de no dividir el libro simplemente en dos bloques, el cuarto relato, “Bogotá Syndrome”, está inicialmente en inglés. Para leerlo en español, hay que saltar a la página 179. De esa manera, se obliga al lector –por reacio que sea– a ver algo de la sección en inglés y viceversa.

Caín Press y sus diseñadores Olga Robayo y Marius Wang se encargaron del diseño y la diagramación. Francisco Toquica dirige la editorial y a la vez participa como autor en el libro, narrando la experiencia de la muerte de su hermano menor a manos de un grupo neonazi criollo. Para ser un libro escrito por artistas plásticos y gente del arte, son pocas las imágenes que se encuentran en *Colombia, el riesgo es que te quieras quedar...* En la portada y la contraportada, hay restos óseos despedazados que, aún siendo de vivos colores, evocan informes forenses. Las ilustraciones que acompañan las historias son únicamente cinco: la primera, una vasija ornamentada con abundantes hojas de plantas silvestres, un marsupial y un pescado que parece una barracuda, con delicadas flores blancas del árbol de trompeto en sus asas, toda ella hecha con trazos finos, coronada por un carroñero, como si en bandeja de plata lujosamente criolla nos ofrecieran estas historias. Las otras cuatro ilustraciones son también alusivas a la cultura de la rapiña y, aunque refuerzan ese simbolismo negativo que pesa injustamente sobre los chulos, expresan el mensaje con eficacia.

Los trece autores son artistas, curadores, galeristas o montajistas de arte. Todas sus historias son estremecedoras, cápsulas de violencia urbana, un

compendio de abusos de poder político, delincuencia común, mafias y atropello policial. Algunos sucesos son tan grotescos que dejan en pañales a la famosa *Sin City* del caricaturista estadounidense Frank Miller, como el del gestor y productor Gustavo Racines, quien en su último día de trabajó como agente de tránsito en Cali, recibió sin justificación alguna un disparo en la cara al salir de su casa y solo atina a contar:

Con dificultad logré bajarme del carro y mantenerme de pie para pedir ayuda a un vehículo que se acercaba, sólo pude hacer señas, no podía ni hablar ni gritar, sin embargo, pasó indiferente frente a mí con las luces encendidas.

Como en mis peores pesadillas, sentí que se me iban cayendo mis dientes, estaba angustiado porque la sangre no dejaba de salir, el vigilante del parqueadero no se atrevía a acercarse a mí, tal vez por miedo a alguna represalia. (p. 127)

Este tipo de agresiones son una lotería que se rifa a diario en nuestras ciudades, por lo que, cada uno, ya acostumbrado, solo se encomienda a la fuerza de su devoción para no estar en el momento y en el lugar equivocados, consciente de que es probable que le toque lidiar más de una vez con “Aquellas volquetadas de mierda”, como titula Luisa Roa todo lo que se le vino encima al ser violada por dos conocidos. En ese testimonio revela lo vulnerables que somos al tratar con canallas o abusadores como algo habitual y los peligros de la liberación sexual mal entendida.

La primera vez que leí descripciones detalladas sobre la violencia en Colombia fue por medio la pluma de Fernando Cruz Kronfly en *La caravana de Gardel*. Intrigada ante tales descripciones de masacres y torturas desmesuradas, tuve que preguntarle a un colombiano de dónde sacaba este autor ficciones tan retorcidas, a lo que me respondió: “eso es pura historia patria”. Como siempre, esta realidad atroz supera la ficción. Así que no resulta extraño que los colombianos tengan la enorme capacidad de hacer caso omiso cuando hay un genocidio, un desplazamiento y desapariciones.

ARTE		RESEÑAS
<p>A propósito de esa última característica, el artista digital Carlos Franklin empieza su relato con una reflexión que surge de vivir en el extranjero, experiencia que ayuda a establecer comparaciones de lo que resulta normal, inaceptable o escandaloso. Franklin señala que la forma más invisible y común de violencia se da al instalarnos en el lenguaje como algo acostumbrado:</p> <p>Las agresiones se volvieron un acto natural en nuestro lenguaje y solo pasamos de largo. El humor no es para ironizar o manifestar una posición, es para demostrar que no sabemos vivir el dolor, o el trauma, y que no sabemos como terminarlo o completarlo. Queda ahí, en un limbo, es desimbolizado, vaciado de su significación. (p. 74)</p> <p>Somos capaces de abstraernos de las desgracias que vemos en televisión, hasta que, como afirma Jaime Cerón en el prólogo, “la vivencia de ‘lo siniestro’ compromete seriamente el concepto de lo íntimo”. Aunque habitemos las mismas ciudades o el mismo país, no habitamos los mismos mundos. Por eso, este proyecto se nutre de varios de esos mundos que corren paralelos y se ignoran entre sí. El artista Edinson Quiñones Falla comienza su testimonio diciendo:</p> <p>Yo no era un niño que jugaba ririn corre-corre, no era un niño que estaba en la maquititas, ni uno que se la pasara con los amigos, con los <i>boys scouts</i>, ni en el paseo al río. Cuando yo era niño, tuve una vida de adulto, era una vida en donde prácticamente uno sólo pensaba en cómo conseguir dinero y la manera más fácil era robar. (p. 93)</p> <p>Historia que contrasta por completo con la experiencia de Michèle Faguet, proveniente de una familia de políticos amenazada por el Ejército de Liberación Nacional, ELN. Ella ha pasado por varios secuestros y desapariciones, tuvo que salir del país y estuvo acostumbrada a otros estándares de violencia durante la mayor parte de su vida. Intentó regresar a Bogotá y fue secuestrada en su propio apartamento. Lógicamente, ella no puede tragarse la frase apática que tuvo que oír con insistencia tras su experiencia: “Eso</p>	<p>pudo haberte ocurrido en cualquier parte del mundo”; ella sabe que no, que no es lo mismo vivir en Bogotá, que en los Estados Unidos de los 80, o en Reikiavik.</p> <p>De creer en la felicidad de la vida del consumo, podría pensarse, como afirma Diego Piñeros García, que “el factor decisivo es básico y éste dicta sentencia en el destino de muchos de nosotros. Éste es el soberano juez del dinero” (p. 45). Las dificultades para subsistir, estudiar o viajar generan esa claustrofobia que Piñeros expresa cuando escribe:</p> <p>se me dificulta verle el lado amable al país, a la región, al mundo o a la vida. Sólo sé que cada vez siento más atracción por la naturaleza y por los animales y cada vez más repulsión hacia la gente y sus discursos subversivos, o anárquicos, o conciliadores o reflexivos, o de búsqueda hacia una equidad, o justicia, o la esperanza de un mundo ideal que jamás llegará. (p. 49)</p> <p>Vivir en este lado del globo probablemente te haga perder absolutamente la fe en la humanidad, pero, al contrario de lo que piensa este artista, así tengas dinero y nunca llegues a sentir que te quedas atrapado o sin motivación, podrías vivir un drama estrato seis como el de Laura, la periodista que denuncia cómo descubrió que su marido violó a sus dos hijos menores de 5 años y por qué desde 2002 la justicia colombiana ni siquiera ha prohibido al padre ver a los pequeños.</p> <p>Si te mueves en las esferas del alto poder, su peso puede caer aplastante sobre ti; si eres un desplazado, como Diego Piñeros García, que vino con los suyos a invadir “porque necesita un hogar, una casa donde meter a su familia”, él sabe que “el sistema, el gobierno no mira eso, sino lo que hacen es mandar la limpieza social”. Una realidad espeluznante para gente que, como dice el artista,</p> <p>no tiene nada que ver con el conflicto, gente que trabaja en parqueaderos, lavando taxis y que sale a las 3 de la mañana y se va a descansar y por el hecho de vivir ahí, los matan.</p> <p>Quedarse a vivir en Colombia depende mucho del concepto de calidad de vida que se tenga. Algunos nunca cuestionan vivir en el país, a pesar de</p>	<p>todo y esa actitud tal vez responda a una extraña sed de belleza natural, o a que la familia te amarra a estas tierras, como en el caso del hermano del videasta Santiago Echeverry: “Qué ironía: un concejal de Bogotá mató a mi hermano que tanto amaba a Bogotá. Se quedó haciendo patria y la patria lo mató”.</p> <p>A veces, parece que mientras más comprometido se está con mejorar el entorno, hay mayores probabilidades de recibir la fatídica llamada que va a surcarte la vida en dos, como cuenta el pintor Wilson Díaz. Él jamás olvidará la voz de su madre diciendo “¡Mire lo que nos pasó!”, el día en que unas personas rompieron una ventana, lanzaron gasolina de avión contra la casa de su hermana y a ella la quemaron viva, todo eso por su condición de gestora cultural y candidata política en Pitalito, Huila.</p> <p>Además de decirles lo grave que puede ser vivir en Colombia y lo inevitable de lidiar con el hampa, este libro advertirá a los extranjeros que tendrán que soportar atropellos de las autoridades. La profesora Michèle Faguet cuenta acerca de los cuatro policías que la interrogaron en una forma más ofensiva que el robo en sí mismo del que fue víctima. O, como relata Elkin Calderón, quien recibió un tiro en una pierna y ya en el hospital tuvo que aguantarse el maltrato por parte de dos policías.</p> <p>El acuerdo firmado entre las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia, FARC y el gobierno de Juan Manuel Santos abre una posibilidad de poner reversa a la predisposición aprendida de creer que cualquier intento de transformación colectiva está destinado al fracaso. Esa prevención explica en parte por qué ganó el “No” en el plebiscito del 2 de octubre de 2016, en el que se preguntaba: “¿apoya usted el acuerdo final para terminar el conflicto y construir una paz estable y duradera?” Aunque, como se sabe, unos días después se negoció un nuevo acuerdo, que aprobó el Congreso de la República.</p> <p>El escepticismo y el escandaloso índice de abstención electoral hacen urgente, más que evidente, visibilizar casos reales de conciliación como los de Irlanda, Sudáfrica o Ruanda. Estos pueden ayudarnos a asumir este acuerdo como un hito impostergable</p>

para despojarnos de la creencia de nuestra incapacidad de construir memoria para hacer una proyección distinta hacia el futuro. Y para que libros como *Colombia, el riesgo es que te quieras quedar...* sean parte de un compromiso colectivo ante actos que deben ser irrepetibles, no el registro de un ciclo de tragedias sin fin.

**Liliana Rojas Ruiz**